EL RESGUARDO MINERO DE ANTIOQUIA

POR MARGARITA GONZALEZ

I

La sucesión de acontecimientos en la vida económica de la región de Antioquia determinó para ésta, desde las épocas iniciales de la conquista, la existencia de una actividad minera que, lejos de estimular el surgimiento local de otros sectores productivos complementarios, los excluyó. De este modo, se crearon condiciones que perjudicaban el propio desarrollo de la minería y que hacían de buena parte de su población minera uno de los sectores más indigentes del Nuevo Reino.

En el transcurso del siglo XVI la explotación aurífera de Antioquia se vio afectada por el impacto negativo que sobre ella produjo el rápido agotamiento de la mano de obra indígena y la inestabilidad causada por la guerra de conquista. La precariedad dentro de la cual tuvo su inicio la economía minera resultaba acentuada por el aislamiento de los campamentos mineros, la carencia constante de abastecimientos alimenticios y los inmensos impedimentos que ofrecía un dificultoso transporte. El agotamiento sistemático de los yacimientos auríferos de placer, motivado casi siempre por las causas arriba mencionadas, traía recurrentemente un resultado inevitable: el desplazamiento de toda fundación minera de su sitio original a otro más promisorio, y así sucesivamente. Por este camino, la minería antioqueña se vería pronto envuelta en una especie de círculo vicioso / 1 / . Los establecimientos coloniales más sólidos de Antioquia, como Zaragoza, Cáceres, Remedios y Santa Fe de Antioquia, no escaparon al decaimiento provocado por la unilateralidad de la actividad económica minera. En efecto, serían suplantados en el siglo XVIII por nuevos centros

/ 1 / . Consideraciones sobre la fundación de los campamentos mineros de Antioquia y sus diversos desplazamientos se encuentran en el estudio de Robert West *La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial* (Bogotá 1972) y en la parte introductoria de (a compilación documental de Emiño Robledo relativa a la gestión del visitador Juan Antonio Mon y Velarde en aquella provincia a finales de la década de 1780 (edición de Banco de la República, Bogotá 1954)

mineros cuya prosperidad fue posible en gran parte gracias al apoyo que encontraron en una agricultura local desarrollada simultáneamente en inmediaciones de los yacimientos de reciente descubrimiento. Hasta el siglo XVIII la provincia de Antioquia se vio obligada a introducir alimentos y géneros básicos de otras partes del Virreinato, incrementándose de este modo el costo de los trabajos de explotación minera. Esta última, a su turno, quedaba con frecuencia librada a las oscilaciones provocadas por la abundancia o escasez de la producción agraria que se transportaba hasta Antioquia.

El trabajo indio en las minas de Antioquia, organizado primero en encomiendas y posteriormente en resguardos, fue perdiendo su importancia inicial para quedar casi totalmente sustituido por el trabajo esclavo. Si la institución del resguardo no puede considerarse como un sólido pilar de la vida económica regional, ofrece en cambio, en sus pasos evolutivos, peculiaridades significativas que hablan de la orientación de Antioquia en el período colonial.

En la segunda década del siglo XVII se introdujeron formalmente las reducciones de indios en el occidente minero. En verdad fueron pocos los pueblos indios que pudo fundar el oidor-visitador Francisco de Herrera Campuzano cuando realizó la primera visita general a la provincia de Antioquia (1614-1616). El descubrimiento de los yacimientos auríferos de Guamoco (1611), que pronto habrían de convertirse en los más productivos de todo el Reino, puso de manifiesto a las autoridades coloniales la urgencia de introducir en la región una mínima racionalización de la utilización de la fuerza laboral india. Las reducciones establecidas por Herrera Campuzano en Zaragoza, Guamoco y en otros lugares, fueron organizadas principalmente para la consecución de un aporte tributario representado en productos agrarios y también en cuotas laborales que debían rendirse en el sector minero. El desarrollo de los resguardos de Antioquia parece indicar que ya desde el siglo XVII los indios de comunidad comenzaron a abandonar la tributación agraria para sumarse a aquel núcleo de pobladores convertidos en "buscadores de oro".

LA POBLACION INDIA Y LOS PRIMEROS RESGUARDOS DE ANTIOQUIA

De las indagaciones hechas por Tulio Ospina sobre el estado de la población en Antioquia durante la Colonia, resulta que los conglomerados formados alrededor de Antioquia, Cáceres, Zaragoza, Remedios y Arma, localizados de manera dispersa en los cuatro cantones de la provincia, contaban, a mediados del siglo XVI, con más de 600.000 indios; de éstos! 120.000 eran "de servicio" en las minas y haciendas /2/. James Parsons considera que el estimativo de Ospina es razonable y agrega que la cifra dada por éste podría elevarse a un millón si se tomara en cuenta la población india del Quindío /3/.

/2/ Ospina, Tulio "El Oidor Mon y Veldro, Regenerado' de Antioquia". en *Repertorio Histórico*, Medeúin, septiembre 1918, año II, Nos 9-11, pp 413-414.

/3/ Parsons, James J *Antioqueño colonizaron in Westetn Colombia*, Lmiversity of Californ a Press, Berkeley y Los Angeles 1949, p 29

La visita de Herrea Campuzano da cuenta de una disminución importante de la población india, pues registra solamente 409 hombres tributarios, 85 caciques e "indios principales" (exentos estos últimos de tributo) y 1.082 mujeres y niños pertenecientes a las 19 encomiendas de la región de Santa Fe de Antioquia, que se encontraban en sitios como Sopetrán, Aburra, Buriticá y Ebjéjico. La misma visita indica que en la región de Cáceres la población india se había reducido también notablemente; contaba únicamente con 346 hombres tributarios, pertenecientes a las 18 encomiendas locales. Y, finalmente, la población india de San Jerónimo del Monte, puesta al servicio de 8 encomiendas, notenia más de 90 indios tributarios /4/.

La decadencia de la población india de Antioquia quedaba reconfirmada, a comienzos del siglo XVII, por el reducido número de resguardos que allí se establecieron: 7 no más, frente a los 80 o 90 que se crearon en las provincias del interior a finales del siglo XVI. Las reducciones de Antioquia se concentraron, naturalmente, en torno a sus distritos mineros. En el de Zaragoza, bajo cuya jurisdicción se hallaban los yacimientos de Guamoco se crearon dos pueblos de indios: uno en inmediaciones de Zaragoza y otro en el propio sitio de Guamoco, denominado San Francisco de la Antigua del Guamoco. Al fundarse estas dos comunidades se estableció para ellas un tributo agrario /5/. En el importante distrito minero de Santa Fe de Antioquia, se crearon otros cuatro pueblos de indios: Nuestra Señora de Sopetrán, San Juan del Pie de la Cuesta, San Lorenzo de Aburra y San Antonio de Buriticá /6/. El resguardo de San Lorenzo de Aburra sería luego trasladado a los alrededores de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín una vez hecha esta nueva fundación a finales del siglo XVII; el resguardo mencionado se ubicó en el sitio llamado La Estrella. En cuanto al resguardo de San Juan del Pie de la Cuesta, su existencia fue efímera, pues pronto fue absorbida su población (se hallaba cerca del actual Ebjéjico) por el de Sopetrán, y cedidas sus tierras a la Iglesia

ORDENANZAS DE MINAS PARA LOS INDIOS DE ZARAGOZA Y DE SAN FRANCISCO DE LA ANTIGUA DEL GUAMOCO

Las ordenanzas de minas dadas por Herrera Campuzano en 1614 para los indios que mandó reunir en el pueblo de San Francisco de la Antigua del Guamoco y para aquellos que vivían en la cercana Zaragoza, contienen varios puntos de interés /8/. Por una parte dan cuenta del conflicto general

/4/ Ibid., p. 48.

/5/ Ruíz Rivera, Julián B. Encomienda y mita en Nueva Granada en el siglo XVII, Sevilla 1975 p 68

/6/ Ibid., p. 69

/7/ Parsons, J. Op. cit., p. 49.

/8/ "Ordenanzas del visitador Francisco de Herrera Campuzano para el real de minas del Guamoco" (1614), en Fuentes Coloniales para la historia del trabajo en Colombia, compilación documental de Germán Colmenares 6ª ed., Universidad de los Andes, Bogotá 1968, pp. 67-77.

que se había suscitado varios años antes en torno a la encomienda. Esto puede verse en todos aquellos puntos que recomendaban, por ejemplo, la disminución del número de encomiendas locales (de las ocho que había a una o a dos), la evangelización de los indios financiada por los encomenderos, la prohibición de convivencia con los indios de individuos pertenecientes a otros grupos raciales y la extinción de los servicios personales. Por lo que se refiere a la tributación, las ordenanzas impusieron con insistencia contribuciones agrarias tanto en beneficio de los encomenderos como de la Corona. El hecho de que las ordenanzas se denominaran "de minas" nos podría hacer pensar que estaban dirigidas a la reglamentación del trabajo de los tributarios en los yacimientos. Pero en realidad las ordenanzas se centraban en indicar qué clase de tributación agraria debían rendir los indios de los distritos mineros mencionados. Ahora bien, en 1614 no dejó de contemplarse la necesidad de la presencia de los indios en el frente minero, pero ésta se dispuso en forma muy singular. No se trataba de que los tributarios tuvieran que pagar el servicio de mita en las minas sino de que pudieran "ir a descubrir quebradas de oro". Por la búsqueda del metal los indios serían recompensados con un pago, con los abastecimientos necesarios para la empresa y con la exención del trabajo directo de explotación.

A pesar de que las ordenanzas no hacían referencia explícita al trabajo de mita en las minas, es de suponer que los indios de las comunidades estuvieron obligados a rendirlo, con la posibilidad de quedar dispensados por la participación en la búsqueda del oro. Esta última posibilidad pudo favorecer, a su turno, el apartamiento de los indios de los resguardos de Antioquia de las labores agrarias y su concentración cada vez más creciente en torno a los trabajos mineros. A finales del siglo XVIII, Francisco Antonio Mon y Velarde veía como un factor negativo el que los tributarios de la provincia rindieran un tributo exclusivamente en oro y no en productos de la tierra.

Alvaro López Toro juzga que la importancia económica del trabajo tributario en Antioquia debió ser muy tenue /9/ no sólo por lo escaso de su población india sino por las implicaciones del sistema de mita. Entrañando éste un "carácter colectivo de la disponibilidad de los factores de producción para los empresarios coloniales", indujo a éstos a profesar una indiferencia "por la conservación de esos recursos, toda vez que esa conservación implicaba un costo privado que sólo alcanzaba a reflejarse en un diluido beneficio social" /10/. Así, el desgaste que provocaría la minería, más que la agricultura de hacienda, en la fuerza laboral india, se constituiría en uno de los más importantes fundamentos para la política de importación de esclavos /11/.

A mediados del siglo XVII (1663) se produjo el informe oficial del general Gonzalo Rodríguez de Mónroy; la situación de la población india de

/9/ López Toro, Alvaro. **Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo diez y nueve**, Ediciones Universidad de los Andes, Bogotá 1970, p. 11.

/10/ *Ibid.*, p. 12.

/11/ *ibid.*, p. 12.

Antioquia quedó aquí consignada en los términos siguientes: "los indios de labor (tributarios) se hallan reducidos a sesenta en toda la provincia" /12/.

La investigación futura podrá llegar a establecer pormenorizadamente cuáles fueron los cambios sufridos por el resguardo de Antioquia desde su fundación hasta la década de 1780. De esta última fecha, en que la institución se hallaba casi en vías de desaparición, datan los esfuerzos de Mon y Velarde por reorganizarla. De los informes de este funcionario se desprende claramente que lejos de haber servido el resguardo en Antioquia para proporcionar a la minería el indispensable complemento agrario, su población había sumado su energía de trabajo a la explotación minera. Al referirnos entonces al "resguardo minero" de Antioquia queremos subrayar con ello dos hechos: por una parte, el resguardo indio que cobra vida en una región eminentemente minera y por otra, el cambio de sus funciones económicas al trocarse de comunidad agraria en comunidad minera. El restablecimiento del carácter agrario de las comunidades indias de Antioquia que se produjo a finales del siglo XVIII en aras del desarrollo minero de la provincia, también forma parte de la definición que proponemos.

II

El estudio de los resguardos de Antioquia de la segunda mitad del siglo XVIII nos obliga a tener en cuenta, aunque sea someramente, la situación general de la provincia, especialmente en lo que se refiere a su economía. En realidad, fue precisamente en aras del fomento económico regional que Mon y Velarde propuso la reorganización de las antiguas comunidades indias, aprovechando naturalmente el que para tal efecto se podía contar con una legislación proteccionista todavía en vigor en todo el imperio español. Con esto, el visitador adoptaba una línea algo diferente a la sugerida pocos años antes por Francisco Silvestre, quien se inclinaba más por la creación de reducciones entre los indios gentiles que no por la recuperación de los resguardos antiguos, descompuestos ya en buena parte tanto en su aspecto territorial como en su aspecto social y tributario. La preocupación de Mon y Velarde por reorganizar los antiguos resguardos formaba parte de una inquietud mucho más amplia, a saber, la de independizar la minería de Antioquia de múltiples y costosas importaciones por medio de la creación de un sector agrario regional.

Silvestre se había ocupado de mostrar que la situación económica existente en Antioquia no estaba en el nivel que la provincia habría podido tener. El parecer de Silvestre fue adoptado posteriormente por Mon y Velarde. Este último consideraba que la vida económica de Antioquia se reducía a "introducir víveres a los minerales (minas) y cambiarlos por oro en polvo, que es lo que llaman rescatar. Dedicarse a este flojo ejercicio, huyendo de un trabajo más recio, muchos que podrían dedicarse al de lavar oro, o a las siembras, con que abaratarían y abundarían los víveres que compran a los cogedores..." / 1 / .

/12/ Citado en Tulio Ospina, op. cit, p. 415.

/1/ Robledo, Emilio. **Bosquejo Biográfico del señor oidor Juan Antonio Mon y Velarde, visitador de Antioquia: 1785-1788**, 2 tomos. Imprenta del Banco de la República, Bogotá 1954, T.I. p. 49.

Por lo que se refiere al tema que nos ocupa, encontramos en los informes elaborados por Silvestre importantes datos sobre el conjunto de la población de Antioquia y sobre su población india, los que indican que la población de la provincia estaba agrupada en 5 ciudades, 2 villas, 11 parroquias y 7 pueblos de indios. La composición racial y la relación demográfica entre la población india y el resto de sectores se registra en la forma siguiente:

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
blancos	4.091	4.432	8.893
libres (mestizos)	16.824	11.582	28.406
esclavos	4.756	4.035	8.791
indios	1.292	1.242	2.514

Según estos datos, la población de la provincia escasamente llegaba a las 50.000 almas /2/, y tanto Silvestre como Mon y Velarde no vacilaron en considerar el desdoblamiento de Antioquia como causa importante del proceso general de decadencia que ambos funcionarios atribuyeron a aquella división administrativa del Nuevo Reino. No resulta extraño, por tanto, el que Mon y Velarde se haya ocupado de buscar los medios de estimular el incremento de la población como medio de propiciar el incremento económico regional.

Por lo que se refiere al punto especial de la población india, vale la pena tener en cuenta las consideraciones que en torno a ella consignó Silvestre. Afirmaba éste, al igual que Francisco Antonio Moreno y Escandón, y no sin un cierto halo de hostilidad contra la raza americana por su participación en diversos movimientos insurgentes, que era falso pensar que la población india hubiese desaparecido. Lo que había ocurrido -según e! Dictador- era que ésta se había mestizado y era de desear "suciedera lo mismo con todos los [indios] que han quedado de los reducidos, pues es el medio único de que la España conserve siempre sus Américas" /3/. Esta manera de ver las cosas no le impedía a Silvestre recomendar la reducción de los indios "gentiles", es decir, de aquellos que todavía no habían caído bajo la dominación, como medio de integrar a la sociedad núcleos de población no controlada. Pero tal reducción la concebía Silvestre simplemente como una medida temporal que habría de servir luego para un fin más general, a saber, la "españolización" de la población. Si las justificaciones que presentaba Silvestre para la política de reducciones que proponía eran fundamentalmente de carácter político, no dejaban de contar para él las razones de orden económico /4/. El problema de la población lo enfocaba desde un

/2/ Silvestre, Francisco. **Descripción del reino de Santa Fe de Bogotá**, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 196B, p.'57.

/3/ Ibid., p. 68.

/4/ Ibid , p. 76.

ángulo general: si la pobreza del Virreinato de Santa Fe se destacaba por su magnitud en el marco de todas las regiones coloniales ello debía atribuirse en gran parte al desequilibrio existente entre su población y su extensión territorial /5/. Este estado de cosas sólo encontraría un remedio en la integración a la sociedad de la población considerada inactiva o marginada. Para los ilustrados del siglo XVIII los indios formaban parte de este núcleo de población, lo mismo que los mestizos o gentes libres dedicadas "a! ocio, al vicio y a la vagancia". Silvestre recomendaba que no sólo los indios sino toda clase de pobladores dispersos del Reino se concentraran en poblaciones formales en los lugares donde fuera conveniente para la economía. La reorganización de la población india de Antioquia no obedecía ya ni a los móviles ni a las finalidades que se le habían trazado a las reducciones del siglo XVI. Por otra parte, relevar al indio por entero de sus cargas tributarias y hacer de él un individuo libre parecía ser, por el momento, una solución inadecuada o por lo menos innecesaria dado el vínculo existente entre el tributario y sus tierras de resguardo. Probablemente ante el dilema que ofrecía la situación de la población india en un momento histórico de anhelos progresistas Silvestre propuso una solución intermedia, no exenta de contradicción, consistente en "dejar a los indios en la clase de libres y sujetos a sus cargas [tributarias], repartiéndoles las tierras de sus resguardos con títulos de propiedad a cada uno..." /6/.

¿Dentro de qué contexto se planteaban las inquietudes en torno al estado de la población y de la producción económica? En Tealid, Antioquia presentaba ya desde fines del siglo XVII importantes cambios, que funcionarios como Silvestre y Mon y Velarde estaban dispuestos a estimular. El hecho más importante en la vida económica y social de la región lo constituía, como vimos anteriormente, el progresivo abandono de los centros mineros que habían girado alrededor de las ciudades de Santa Fe de Antioquia, Zaragoza, Remedios y Cáceres, motivado por el descubrimiento de nuevos placeres auríferos en la alta zona central de la provincia. El auge de la nueva actividad minera había sido propiciado, en buena parte, por la aparición simultánea de una agricultura local, relativamente importante, aunque escasa todavía. Así surgieron los centros mineros de Santa Rosa de Osos y de Rionegro, nutridos por las haciendas agrarias y ganaderas del vecino Valle de Aburra ///. Hacia finales del siglo XVII el Valle de Aburra se convertiría en el centro económico de Antioquia /8/. Aquí se estableció formalmente, en 1675, la villa de la Candelaria de Medellín que habría de convertirse en los primeros años de la República (1826) en la capital provincial. El surgimiento de la villa de Marinilla estaba ligado también a la actividad minera de los nuevos yacimientos /9/.

Silvestre, e inmediatamente después Mon y Velarde, estudiaron todos

/5/ Ibid., p. 113.

/6/ Ibid., p. 114.

/7/ West, Roben **La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial**, Bogotá 1972, pp 40-41.

/8/ Ibid., p. 41.

/9/ Ibid.

aquellos factores que en su opinión frenaban el mejor desarrollo de los centros mineros de reciente descubrimiento y se dieron a la tarea de señalar los correctivos pertinentes. La visita de Mon y Velarde a Antioquia se produjo por la petición que en este sentido había elevado Silvestre al gobierno virreinal /10/. De la gestión de Mon y Velarde nos ha quedado uno de los cuadros más detallados de la vida social de la Antioquia del siglo XVIII. Correspondió también a Mon y Velarde impulsar la colonización de tierras con el fin de habilitarlas para la agricultura. Este proceso, que en el siglo XVIII se desarrolló en el interior de la provincia, terminaría por abarcar en años posteriores amplias regiones exteriores a ella.

LA MINERÍA V LA AGRICULTURA

Hemos visto que el propósito de Mon y Velarde era activar la economía minera de occidente. El funcionario encontraba que la minería en Antioquia era frenada en su desarrollo por dos causas primordiales: la una, la ausencia de una agricultura local de importancia y la otra, el uso monopolista de los cursos de agua que hacían los beneficiarios de concesiones mineras. Así, esta última circunstancia había propiciado en Antioquia la formación de grandes dominios mineros cuya extensión sobrepasaba, con mucho, la capacidad de explotación efectiva por parte de los empresarios privados. Por esto Mon y Velarde llegó a proponer la "democratización" de la posesión de las concesiones para que la masa de pequeños mineros, muy profusa a finales del siglo XVIII, pudiera vigorizar el frente de la minería. La restricción a los privilegios de los grandes concesionarios fue plasmada por el visitador en las *Ordenanzas de Minería*; en éstas quedó consignado el nuevo espíritu con el cual se esperaba incrementar el rendimiento económico de las empresas mineras, esto es, uniendo "las utilidades de los particulares con las del Estado" /11/. Según Roger Brew, la historia del mazamorrero (pequeño minero independiente) en tanto que miembro constitutivo de un grupo productivo de importancia, comienza con las reformas de Mon y Velarde pues en gran parte bajo su estímulo se pudo sustituir el trabajo esclavo, el cual se iba tornando cada vez más costoso /12/.

El fomento de la agricultura local era tenido por Mon y Velarde por un *sine qua non* para el desarrollo minero de Antioquia y, de contragolpe, para el desarrollo general del Reino. A este propósito afirmaba lo siguiente: "la agricultura... es el principio elemental de toda prosperidad. Sin víveres no puede haber oficios, ni trabajarse las minas y por precisión desfallece el

/10/ Los informes de Mon y Velarde sobre su visita a Antioquia se encuentran compilados en la obra mencionada de Emilio Robledo.

/11/ El texto de las **Ordenanzas de Minería** no ha sido todavía encontrado en los archivos coloniales de Colombia. Emilio Robledo supone que se extravió.

/12/ Brew, Roger **El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920**, Talleres Gráficos del Banco de la República, Bogotá 1977, pp. 51-52.

comercio;... por tanto, deberá mandarse y celarse que todos los que se dedican a esta profesión [la agricultura], siembren encada año seis almudes..." /13/. Tasas mínimas de producción agraria se reglamentarían también para hacendados, indios de comunidad e, incluso, pequeños mineros.

Hasta tal punto se consideraba urgente el desarrollo de una agricultura que pudiera convertirse en verdaderamente subsidiaria de la minería que llegaron a establecerse incentivos especiales para toda clase de cultivadores, consistentes en premios diversos a la productividad alta y a la adaptación de cultivos nuevos, especialmente aquellos que pudieran proporcionar materias primas y, naturalmente, alimentos. Fue así como surgió la Junta Agraria, encargada de supervisar la agricultura de Antioquia y de recompensar a los individuos más emprendedores /14/.

Mon y Velarde apeló a otros arbitrios para impulsar la agricultura en Antioquia. Uno de ellos fue la creación de colonias agrarias, conformadas por el sector de población libre más indigente e improductiva; otro fue la reorganización de los decadentes resguardos indígenas, que ahora y al igual que las colonias agrarias, debían concentrar a la población tributaria y canalizar su producción económica hacia la agricultura, sustrayéndola en la medida de lo posible de la actividad minera, a la que, al parecer, se dedicaba casi exclusivamente. Es en realidad muy difícil ver en la reorganización de los resguardos indios de Antioquia de finales del siglo XVIII algo diferente o aislado de la política agraria general concebida por el visitador. Así, por ejemplo, para la ubicación tanto de colonias agrarias como de resguardos indios, se tuvo especial cuidado de que cada establecimiento sirviera de apoyo ora a explotaciones mineras ora a los sitios en donde se efectuaba el comercio de intercambio con otras provincias, como por ejemplo la frontera con el Chocó, las cercanías del Río Magdalena y la frontera con Popayán. De paso podría señalarse que por lo que se refería al comercio con otras provincias, Mon y Velarde había trazado un plan por el cual Antioquia debería aumentar y ejercer este comercio desde una posición de dominio que no de dependencia.

Cabe anotar aquí que mediaron diferencias sustanciales en la estructuración y composición de las colonias agrarias y los resguardos indios, pero ambos tipos de establecimiento imprimieron a la agricultura de Antioquia un desarrollo del todo nuevo que permitiría, en un período de tiempo relativamente corto, el tránsito de la economía minera a una fundamentalmente agraria.

LAS COLONIAS AGRARIAS

Al manejo monopolista de las concesiones territoriales atribuía Mon y Velarde el desarrollo contenido de la agricultura en Antioquia. Ocurría en-

/13/ Cuado en E. Robledo, Op. Cit., T.I. pp. 102-103

/14/ Ibid., p. 103.

tonces en el sector de la agricultura lo mismo que en el de la minería:

"Son tan notorios como sensibles los daños que al común del Reino resultan de que tomando los vecinos acomodados y de algún caudal las tierras realengas más pingues y mejor situadas, vinculan en ellas su subsistencia, con perjuicio a los pobres arrendando éstas arbitrariamente según su necesidad sin que éstos aspiren a otra cultura que la indispensable para vivir... ni pueden solicitar la propiedad para la que son precisos (según la Real Cédula de 1754) diferentes gastos para las diligencias de reconocimientos, medidas, valúos y pregones que no pocas veces exceden el valor de las tierras" /15/.

Abogando por la necesidad de introducir una "democratización" en la posesión de la tierra, Mon y Velarde tuvo que llevar a cabo una crítica no sólo contra el régimen monopolista vigente sino contra las más recientes disposiciones gubernamentales relacionadas con el dominio territorial, como la Cédula Real que se menciona arriba (1754) y aquella del 2 de agosto de 1780. En el contenido de esta última veía el visitador la misma clase de inconvenientes que entrañaba la primera:

"Siendo... inaccesible la consecución de estas gracias | territoriales por medio de la compra | a los pobres miserables que carecen de tierras, de nada sirve se hallen enterados | de la Real Cédula de 1780 que fue publicada en Antioquia en mayo de 1781. de su contexto y de las piedadades del soberano si no se les facilitan los medios para su consecución y aún se les obliga a su práctica" /16/.

Con esta visión de las cosas emprendió Mon y Velarde la fundación de las colonias agrarias, restringiendo en ocasiones los privilegios de los grandes terratenientes y obligando, en otras, a la población dispersa a asentarse en sus predios. El fundamento teórico para hacer estas fundaciones lo extrajo el visitador de la misma Real Cédula del 2 de agosto de 1780, pues ésta versaba sobre la adjudicación de baldíos a particulares y favorecía, en principio, la distribución equitativa del bien territorial entre toda clase de pobladores. Hemos visto ya cuál era el escollo que la misma disposición presentaba para la realización práctica de su enunciado/17/.

Los criterios adoptados por Mon y Velarde para la fundación de las colonias agrarias eran, si se quiere, perfectamente revolucionarios para la época. Las gentes desposeídas eran atraídas a las mencionadas concentraciones por medio del ofrecimiento en propiedad de un número de hectáreas de tierra calculado según el número de los miembros componentes del núcleo familiar. Sobra decir que este sistema aseguró el éxito de la

/15/ Citado en R.Brew. Op. Cit., p 165 Claros punios de vista de Mon y Velarde sobre la cuestión territorial en Antioquia se encuentran en la relación de a visita a Antioquia, en E Robledo, Op. Cit., T. II, p 326 y siguientes.

/16/ Citado en E Robledo, Op. Cit., T.I. p 201.

/17/ Roger Brew indica que Mon y Velarde buscó el apoyo de los terratenientes antioqueños para la ejecución de su política de fundación de colonias agrarias asegurándoles que el trabajo de colonos tendría, entre otros, el efecto de valorizar sus tierras. La primera etapa de la colonización irauguraoa a fines del siglo XVIII abriría paso a una segunda, impulsada por los empresarios regionales en el siglo XIX. En cuanto a los aspectos sociales de la colonización, Alvaro López Toro ha destacado el carácter semi-colectivista que la marcó desde un comienzo.

política de colonización en su primera fase y probablemente influyó en el dinamismo que a partir de este momento se presentaría en el desarrollo de la población antioqueña.

En el momento de la fundación de las colonias agrarias, la provincia de Antioquia contaba con una población muy exigua, según lo habían anotado Silvestre y el mismo Mon y Velarde. En opinión de este último, los nuevos establecimientos quedaban plenamente justificados si se tenía en cuenta que más de la mitad de la población era económicamente inactiva /18/.

El progreso económico sin precedentes que se registró en Antioquia desde finales del siglo XVIII se tradujo, primeramente, en un resurgimiento de la economía minera que según Alejandro López se debió precisamente a la subdivisión de la propiedad del suelo y, con ello, a la utilización máxima de la fuerza laboral /19/ y a la habilitación de nuevas tierras para la agricultura.

Consideradas en sus líneas generales las motivaciones que existieron para que en Antioquia se fundaran establecimientos tan singulares como fueron las colonias agrarias, veamos ahora cuáles fueron ellas. Según se desprende de la relación hecha por Mon y Velarde sobre su visita general a la provincia de Antioquia y sobre las gestiones que allí se realizaron, /20/ la primera fundación agraria se hizo en el monte denominado La Vieja y fue bautizada con el nombre de *San Carlos de Priego*. Esta fundación data de mediados de 1787. En febrero de 1788 se procedió a una segunda fundación: la de *San Luis de Góngora*. Con anterioridad a la fundación de la colonia, el lugar había ostentado el nombre de Yarumal y lo seguiría teniendo posteriormente debido a la resistencia de sus pobladores a adoptar el nombre puesto por Mon y Velarde. A mediados de 1788 se crearon las colonias de *San Antonio del Infante*, situada en el lugar llamado Mocerongo, y la de *Carolina del Príncipe*, establecida en el lugar conocido como La Herradurita.

En el momento de rendir Mon y Velarde su informe, indicaba que otra colonia había sido establecida en el sitio de Amaga con el nombre de *San Fernando de Borbón*, en donde se hallaban ya reunidas cuarenta familias. Quedaba como proyecto una última colonia, la de *Nuestra Señora de la Concepción de Porce*, para cuyo establecimiento se había escogido un sitio sobre el río del mismo nombre.

Muy poco tiempo después de la fundación de las primeras colonias agrarias, los resultados positivos en la economía de la región de Antioquia

/18/ En E. Robledo, Op. Cit., T.I, p. 197. La población total se calculaba en 70.000 almas de las cuales 50.000 fueron halladas "inútiles" u ociosas.

/19/ López, Alejandro. **Problemas colombianos**, París 1927, p. 35 Aquí mismo resume el autor los datos referentes a la producción aurífera de Antioquia durante varios siglos de la siguiente manera
siglo XVI: 10 millones de pesos;
siglo XVII: 50 millones de pesos;
siglo XVIII: 64 millones de pesos;
siglo XIX: 128 millones de pesos.

/20/ Robledo, E. Op. Cit., T. II, p. 326 y sgts

se hicieron evidentes. Al finalizar su visita, Mon y Velarde podía afirmar que el efecto general del impulso dado a las colonias se reflejaba ya en un abaratamiento de los alimentos y, simultáneamente, de los costos de la explotación minera y, por tanto, de los precios del oro /21/.

REORGANIZACION DE LOS RESGUARDOS DE ANTIOQUIA

Al reorganizar Mon y Velarde los resguardos indios de Antioquia en la década de 1780 no intentaba con ello introducir para los tributarios todo el rigor que había existido en los siglos anteriores. Trataba, más bien, de aprovechar la existencia de la legislación proteccionista para exigir de la población india un rendimiento económico mínimo y acorde con las necesidades de la provincia. La posesión legal de las tierras de comunidad por parte de los indios y la sedentariedad que así tenían, eran factores que por el momento no interesaba modificar.

De las ideas de Mon y Velarde en torno a la utilización más racional del trabajo indio participaban otros funcionarios reales, según se desprende de un importante documento de 1782 en donde se considera que para el fomento de la agricultura de la región el primer paso debía ser la ocupación de los indios de resguardo en las labores agrarias /22/. El documento al que hacemos referencia es un plan de fomento económico para Antioquia, propuesto por algunos de los funcionarios reales. La recomendación que hace este plan en torno a la utilización del trabajo indio es la de canalizarlo hacia la producción de "frutos", prefiriendo ésta a la producción minera. En el documento referido, el tratamiento del problema indio forma parte del tratamiento global de los problemas de la economía de Antioquia. Para fundamentar la orientación del trabajo indio hacia la producción agraria se apelaba aquí a la legislación proteccionista inicial, en aquella parte en que obligaba al indio a rendir su tributo en especie agraria:

"Los tributos de los indios (según se dice), porque las últimas tasas no constan en la Contaduría de Hacienda de la Provincia, que se impusieron en frutos en muchos pueblos de los siete que hay en ella, y no los pagan sino en oro, podrán volverse a pagar y poner en ejecución la Ley treinta y nueve, título quinto, libro sexto de las de estos Reynos | Leyes de Indias |, obligándolos que los paguen en aquellos frutos, para que sean a propósito sus tierras, haciéndoles que siembren éstos de nuevo, pues hay muchos frutos que se darían si se sembraran y podrían servir de abasto; y no se logran por

/21/ Ibid., p. 334.

/22/ Archivo Histórico Nacional. **Visitas de Antioquia, T. II**, folio 426 r. y siguientes, "Carta escrita por oficiales de Antioquia al Excelentísimo Señor Virrey, que acompañaron el papel (sic) de los medios que podrían tomarse para el fomento de esta Provincia y consiguiente acrecentamiento de los intereses de Su Majestad", Antioquia, 18 de febrero de 1782. Este documento aparece reproducido en el presente volumen **del Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura** bajo el título de "Plan fiscal y económico para la Provincia de Antioquia (1782)"

no haber quién empiece a sembrarlos, como sucedía con el arroz, que antes no se cosechaba y valía una arroba seis patacones, del que traían de afuera..." /23/.

Hemos visto ya que al indio de comunidad también" se le llamó a intervenir en el proceso de innovación de los cultivos. Se insistía particularmente en la necesidad de fomentar el cultivo del algodón para proporcionar materia prima a una industria textil que se esperaba desarrollar localmente.

El documento citado recalca que la costumbre de cultivar las tierras de resguardo ha sido olvidada en Antioquia y que sería oportuno volver a aquella práctica: "...aunque se dice que en lo pasado ¡los indios) las labraron, ...en el día ningún pueblo de los tales | siete mencionados| tiene estos bienes | agrarios |, que sería facilísimo como propia conveniencia hacer que sembraran y los tuvieran" /24/.

En el aparte que se refiere a los medios para fomentar las minas se considera, de nuevo, que una de las primeras vías para lograrlo sería la de contar con la presencia del indio en aquel frente. Pero no se trata de obligarlo así a los trabajos de explotación directa sino de contar con él en el proceso de exploración y descubrimiento de minas, llegándosele a ofrecer por este tipo de participación una exención del pago del tributo: "...| la ley|queconcedalosindiosparasíysusdescendientes la excompisión (sic) de tributos si descubren minas, guacas o enterramientos, que los indios la ignoran, y que si supieran de ella, por lo que ansian dicha excompisión, y el conocimiento que tienen de los montes incultos de esta provincia, las buscarían y denunciarían para sí o para que otros las trabajasen, se les haría saber por medio de sus respectivos corregidores y que se les cumpla lo que dicha ley ofrece..." /25/. Nuevamente, como en el siglo XVII, se quería contar con la participación del indio en la búsqueda del oro. Las consideraciones en torno a la posibilidad de hacer de la población india una población económicamente útil iban acompañadas de la sugerencia de que se pensara en hacer de otro sector importante de la población un sector productivo: aquél conformado por la población femenina; se suponía que de los 70.000 habitantes de Antioquia por lo menos la mitad eran mujeres, reducidas por el momento a servir a sus padres y maridos /26/. De la población femenina se esperaba un gran rendimiento en la industria textil; en combinación con esta propuesta estaba aquelt* otra que pretendía que los estancieros fueran obligados a producir anualmente un montante determinado de cacao y de algodón precisamente con miras a establecer en la región industrias independientes de elaboración de estos productos /27/.

A finales de 1787 (el 6 de octubre) Mon y Velarde dictó un auto "para el arreglo de las tasas de los indios"^u de los pueblos de la provincia de Antioquia. La observación más importante sobre el estado en que se

/23/ Ibid., f. 428 r

/24/ Ibid., f. 429 r.

/25/ Ibid., f. 442 v.

/26/ Ibid., f. 445 v.

/27/ Ibid., f. 446 v.

hallaban los pueblos indios y el tributo en Antioquia la consignó el visitador en la forma siguiente: "Habiendo notado que en toda esta provincia se pagan los reales tributos en especie de oro desde inmemorial tiempo a esta parte, de lo que ha resultado en parte la pobreza y miseria de estos naturales, la mucha escasez de frutos y sus excesivos precios, con grave perjuicio de la minería y demás ramos industriales, siendo conforme a lo prevenido por las leyes veinticinco y treinta y nueve del título quinto, libro sexto que se paguen los tributos en las mismas especies que se cogen y cosechan en sus respectivos territorios, particularmente donde son tierras fértiles y abundantes para producir frutos..." /28/.

RESGUARDOS DE LA JURISDICCIÓN DE SANTA FE DE ANTIOQUIA

Los resguardos de la jurisdicción de Santa Fe de Antioquia se encontraban cerca de los nuevos centros mineros de San Pedro y Santa Rosa de los Osos. Casi todos eran antiguos y habían sido el recurso primordial de las explotaciones mineras que ya en el siglo XVIII se estaban abandonando. Dentro de la misma jurisdicción comenzaron a funcionar las colonias agrarias de *San Luis de Góngora* (Yarumal), *Carolina* y *Don Matías*.

La reorganización del resguardo de *Nuestra Señora de Sopetrán* planteó a Mon y Velarde una dificultad muy singular: las tierras de indios se encontraban ocupadas casi totalmente por "libres". Por este motivo, el visitador se abstuvo de ordenar la construcción de viviendas para la reunión de sus gentes tal como lo haría en el resto de resguardos. No quería, según él mismo afirmaba, violar la ley que prevenía contra la convivencia de indios y libres /29/. Podría pensarse que la empresa de desalojar a los libres, la cual habría encontrado apoyo en las mismas leyes invocadas por Mon y Velarde, le parecía a éste inoportuna e inconducente. A este punto se refería el funcionario diciendo que aunque Sopetrán era "pueblo de indios, goza honores y gajes de sitio [establecimiento de pobladores libres] por ser muy considerable el número de libres que están allí establecidos, como se dijo tratando de los indios y las causas de esta tolerancia..." /30/. En efecto, el problema general de la presencia de gentes libres en los resguardos fue resuelto por Mon y Velarde exigiendo un pago por concepto de arrenda-

/28/ En E. Robledo, O. Cit., T. II, pp. 166-167. En la documentación consultada se menciona la visita a los pueblos de indios de Antioquia, ordenada por Mon y Velarde con el propósito de poner en ejecución las nuevas normas económicas en las distintas comunidades. Ver a este propósito E. Robledo. Op. Cit., T. II, p. 302. El documento que pertenece a esta visita, realizada tal vez en 1787 o a comienzos de 1788, no está incluido en la compilación documental de Emilio Robledo. Tampoco lo hemos encontrado en el fondo de Visitas de Antioquia del Archivo Histórico Nacional de Bogotá. Es muy probable que el mencionado documento repose en alguno de los archivos locales de Antioquia.

/29/ Citado en J. Parsons, Op. Cit., p. 50.

/30/ En E. Robledo, Op. Cit., T. II, Documento N° 39, Cartagena, 24 de diciembre de 1788, p. 302. Aquí Mon y Velarde remite a la información contenida en la visita especial que se practicó a los pueblos de indios de la región.

miento de las tierras ocupadas; de su cobro deberían ocuparse los recaudadores del tributo indio. Los mestizos residentes en el resguardo de Sopetrán habían sido obligados a pagar tributos a su cura doctrinero; las disposiciones de Mon y Veiarde interrumpieron esta práctica /31/.

La situación en el resguardo de *San Pedro de Sabanalarga* era muy distinta a la de Sopetrán, pues sus indios cultivaban tierras poco fértiles e inhóspitas, lo cual, probablemente, había mantenido a la población libre alejada de ellas /32/.

Otros dos antiguos resguardos que ahora se trataba de hacer resurgir eran los de *San Antonio de Buriticá* y *San Lorenzo* (Poblado). El resguardo de *San Carlos de Cañasgordas* era, en cambio, de reciente fundación, y estaba situado en la frontera con el Chocó. Fue utilizado por las autoridades para dirigir las operaciones tendientes a someter a los indios del extremo occidente /34/. Según las informaciones que recogió Silvestre sobre la población de Antioquia, en el resguardo de Cañasgordas había algo más de treinta indios "gentiles" /35/. De éstos decía Silvestre que eran descendientes de indios fugitivos del Chocó y que el Gobierno Colonial estaba particularmente interesado en ofrecerles su protección. Por los años del gobierno de Silvestre, se abrió un camino hasta el lugar de Cañasgordas con el fin de "que pudiera entrar sacerdote" que catequizase a los indios /36/. El poblamiento de la frontera con el Chocó se tenía como una de las preocupaciones más sobresalientes de los gobernantes del siglo XVIII, pues se esperaba mucho del comercio que pudieran sostener las dos provincias de occidente, en cuyo ejercicio intervendría significativamente la circulación del oro /37/. Por esto, el lugar fronterizo fue objeto también del establecimiento de las colonias agrarias a que hicimos referencia anteriormente.

RESGUARDOS DE LA JURISDICCION DE SANTIAGO DE ARMA DE RIONEGRO

El poblamiento que se fue estableciendo en la región de Rionegro a lo largo del siglo XVII y el descubrimiento de yacimientos mineros en sus inmediaciones hizo que el sitio adquiriera una importancia cada vez mayor.

/31/ Ibid., p. 303 Mon y Veiarde aporta aquí la lista de los siete sitios o parroquias de libres pertenecientes a la jurisdicción de Santa Fe de Antioquia; Sopetrán figura entre ellas. Los otros sitios eran¹ Ansa, San Jerónimo, Sacaoyal, San Andrés, San Pedro y Santa Rosa de los Osos.

/32/ Parsons, J. Op. Cit, p. 50.

/33/ en E Robledo, Op. Cit. T I. p. 33

/34/ Ibid, p 36

/35/ ibid., p. 46.

/36/ Ibid , p 43.

/37/ En el estudio mencionado de Roger.Brew hay importantes referencias a la disolución de los resguardos de Sopetrán y de Cañasgordas en el siglo XIX

Ya a finales del siglo XVIII sus habitantes lograron que los privilegios ciudadanos de que había gozado el antiguo emplazamiento de Arma fueran trasladados al nuevo núcleo de Rionegro /38/. Silvestre había apoyado decididamente este traslado. Mon y Velarde, en cambio, sin oponerse al fortalecimiento del poblamiento de Rionegro, desaprobaba el que el precio de éste tuviera que ser ¡a extinción de la antigua población de Arma. A este respecto afirmaba que si en el sitio de Arma no hubiese habido hasta el momento ninguna población, habría sido necesario fundarla, pues se trataba de una región estratégica para la efectuación de los intercambios comerciales entre la provincia de Antioquia y la de Popayán. En efecto, el poblamiento en aquella frontera de colonos libres, en el sitio de *Santa Bárbara*, fue casi forzado. En la fundación de esta colonia agraria, Mon y Velarde apeló al autoritarismo y a la amenaza para lograr que las gentes dispersas se concentraran en la colonia y aceptaran el cultivo del cacao como su actividad primordial /39/. Entendemos entonces aquel pasaje en el que, al comentar los inconvenientes de las disposiciones reales sobre tierras, Mon y Velarde afirmaba que no sólo era conveniente que los desposeídos se asentaran en territorios cultivables sino que, de ser preciso, debía obligárseles a ello.

El pueblo de indios de *San Antonio de Pereira* era, según indica Silvestre en su descripción del Llano Grande de Arma, el único poblamiento del lugar junto con aquel establecimiento de gentes libres que era Arma. Puede suponerse que el traslado de los pobladores de Arma a Rionegro determinó también el traslado de los indios del pueblo de San Antonio de Pereira a ¡a localidad del *Guarzo* (Retiro), recomendado por Mon y Velarde en el informe de su visita general a Antioquia por considerar que aquí tendrían mejores tierras a su disposición.

Pueblo de San Antonio del Peñol.- Pocos días antes de su visita al pueblo de indios de San Antonio de Pereira, Mon y Velarde practicó la visita al pueblo de San Antonio del Peñol (26 de enero de 1788) /40/. Este poblamiento indio se encontraba cerca de la naciente Marinilla. De San Antonio del Peñol señalaba Mon y Velarde su importancia estratégica por estar situado en la ruta obligada que conducía de Antioquia a Honda y a Santa Fe /41/. Dio, por tanto, todas las medidas consideradas convenientes para el fomento de este resguardo.

Tanto en los informes de Silvestre como en los de Mon y Velarde, el pueblo de indios de San Antonio del Peñol aparece señalado como el de mayor poblamiento. De los 124 indios registrados por Silvestre en el censo de población que elaboró decía Mon y Velarde que eran los "más aplicados y laboriosos, trabajando minas de oro corrido..." /42/. Sin suprimir ¡a actividad minera entre ¡os indios de este resguardo, se estableció que parte de

/38/ Parsons, J. Op. Cít. p 64

/39/ En E. Robledo. Op. Cit., T.II, p. 309.

/40/ Ibid. o 164.

/41/ Datos de Mon y Velarde sobre la visita a San José de Marinilla, 29 de enero de 1788, en E Robledo, Op. Cit., T.I, p. 113.

/42/ Ibid. p 44

su trabajo se centrara en cultivos nuevos para Antioquía, tales como el de caña, anís y algodón /43/.

Pueblo de Sabaleras.- De este resguardo son pocas las informaciones que existen. Del informe de Silvestre (1776) se desprende que se hallaba cerca de Arma y contaba con muy pocos tributarios {unos 24} /44/. Mon y Veiarde no aporta ningún particular al respecto en la sucinta relación de su visita. Se limita a decir que el pueblo se hallaba en visible deterioro y que sus tributarios escasamente alcanzaban a 10 /45/.

En la jurisdicción de la villa de nuestra señora de la Candelaria había solamente un resguardo: el de **Nuestra Señora de la Estrella**; éste tuvo su origen en aquel otro fundado en 1616 por Herrera Campuzano, denominado San Lorenzo de Aburra. El traslado de este pueblo de indios a su nuevo sitio de La Estrella fue motivado por el auge del pobiamiento de la villa de Nuestra Señora de la Candelaria /46/. A más de su exigua población india, el resguardo de Nuestra Señora de la Estrella concentraba, como casi todos los demás, un buen número de mestizos y de mulatos casados con indias de resguardo, lo cual, como hemos visto anteriormente, no fue considerado como una dificultad para la reorganización de los resguardos, pues a estos libres se les pasó a exigir el pago de un arrendamiento de las tierras ocupadas.

Según los estimativos de Parsons, los ocho resguardos de Antioquia, contando el de Cañasgordas de reciente fundación, tenían, a finales del siglo XVIII, una población de 5.000 almas y un promedio de 100 tributarios cada uno /47/. Una comparación entre esta cifra y la correspondiente a la población de las colonias agrarias mostraría tal vez escasas diferencias.

LAS ORDENANZAS SOBRE EL GOBIERNO ECONOMICO DE LAS COMUNIDADES INDIAS DE ANTIOQUIA

Las ordenanzas de Mon y Veiarde sobre el gobierno económico de las comunidades indias, escritas en Cartagena a finales de 1788, luego de concluida su visita a la provincia de Antioquia, constituyen quizá la pieza documental más importante para el estudio del tema que nos ocupa /48/. Su introducción se refiere críticamente al estado de estancamiento en que fue

/43/ Ibid., T. II. p. 164.

/44/ Ibid., T.i. pp. 46-47

/45/ Ibid., T. II. p. 308, 167.

/46/ Ibid., T I. p. 35. J. Parsons, Op. Cit., p. 60.

/47/ Parsons, J. Op. Cit., p. 50. El autor aporta un dato referente al censo de población practicado en La Estrella a fines del siglo XVIII el cual indica que dentro de la comunidad existían 87 matrimonios efectuados entre gentes libres de varias castas e indios.

/48/ Estas Ordenanzas aparecen en el Documento N° 35 del T. II de la obra citada de E. Robledo, p. 256 y sgts. Las citas que siguen a continuación proceden de este documento.

encontrada la economía de resguardo por el visitador y a las causas de éste: la "holgazanería" de los indios y el mal uso de sus "privilegios" y "exenciones". Estas críticas, tan generalizadas en los medios gubernamentales, no venían a apoyar en el caso de Antioquia la disolución de los resguardos sino, por el contrario, su reorganización. En un aparte de las ordenanzas se hace evidente que Mon y Velarde no pretendía que la reorganización de los resguardos prometiera a éstos una existencia duradera sino temporal: "Estando por indivisar las tierras concedidas a los indios, se declara que durante el pueblo [durante la existencia del pueblo de indios] son comunes a todos, pero su usufructo es particular de el que los beneficia, quien únicamente puede disponer de éste en lo que haya edificado, sembrado o plantado, pero de ningún modo del fundo cuya propiedad y dominio debe incorporarse en la real corona, extinguido que sea el pueblo a quien se concedió".

Las ordenanzas salían también en defensa de la población libre establecida en los resguardos y aseguraban que la expulsión de ésta de las tierras de indios no sólo era impracticable sino peligrosa por cuanto vendría a provocar graves daños a vecinos útiles y no traería ningún beneficio a los indios "por no tener estas fuerzas en el día para trabajar las tierras que se hallan ocupadas ni menos poderse vender de cuenta de Su Majestad, pues mejorando la constitución de los indios podrán dentro de pocos años necesitarlas...". Sobre la posible recuperación de la población india ningún funcionario mostró tanto optimismo como lo hizo Mon y Velarde. Los mismos argumentos aducidos por el visitador para mostrar la necesidad de vigorizar la economía de los resguardos fueron utilizados por funcionarios reales para provocar en las provincias interiores la disolución de aquéllos y para fomentar la privatización de las tierras evacuadas por los indios de comunidad. Mon y Velarde no veía ningún inconveniente en que la población mestiza, radicada en tierras de comunidad, permaneciera en ellas, bajo control sobre todo en lo tocante a la producción agraria. En cambio, Moreno y Escandén impulsó el desalojo de tierras de resguardo tanto de indios como de mestizos considerados por él como gentes igualmente indígenas y sin posibilidades de poner en un buen pie de producción las tierras ocupadas.

En cuanto al aspecto de administración de las comunidades indias recién restauradas, Mon y Velarde tropezó con algunos problemas muy particulares en la región de Antioquia, por lo cual debió tomar también medidas singulares. Uno de los principales problemas encontrados en los resguardos de Antioquia era sintetizado por Mon y Velarde de la siguiente manera: "hace muchos años no se reconocen en esta provincia indios caciques o principales"; la costumbre local había suplantado a los caciques por gobernadores de indios, elegidos en el seno de las comunidades. Los gobernadores de indios habían sucedido a los caciques en el ejercicio de las funciones judiciales "pero no en las demás prerrogativas y preeminencias que aquéllos gozaban respecto a sus súbditos, pues ni son perpetuos ni hereditarios estos empleos, por lo que se declara por conveniente y legítima esta costumbre y por tanto deberá continuarse".

La reglamentación de las obligaciones tributarias para los indios de Antioquia contemplaba el cultivo de árboles frutales, de cacao y de otras

semillas nuevas allí en donde las condiciones lo permitieran. Se insistía en las ordenanzas en que en los tiempos de siembra y de cosecha los indios no fueran empleados en faenas distintas a las del cultivo "de las rozas propias de cada uno como de las que deben hacerse de comunidad".

Implantar en Antioquia a finales del siglo XVIII un tributo representado en especie agraria entre los habitantes de los resguardos no era propiamente una tarea fácil, pues esta costumbre se había ya perdido. Para restablecerla Mon y Velarde apeló a las leyes proteccionistas, como lo demuestra el aparte siguiente de las ordenanzas:

"Como hasta aquí casi enteramente se ha descuidado en que los indios cumplan con lo mandado por la ley, sembrando las diez brazas en cuadro que se manda para el común, deberá restablecerse en lo sucesivo la puntual observancia de tan importante mandato, eligiéndose todos los años un terreno donde cada uno y todos juntos puedan sembrar esta cantidad cercándola, desyerbándola y cuidándola hasta cosechar el fruto, cuyo producto se destinará en el lugar que corresponde".

Otro aspecto de la tributación india, como era el trabajo de mita, se reglamentó en forma moderada. Se decretó una especie de mita pública para los indios, en cuyo ejercicio éstos debían habilitar vías y puentes en los términos de la jurisdicción de su pueblo. La mita agraria para ser rendida en haciendas privadas no aparecía como obligación para los indios de comunidad. Por lo tanto se refería a los trabajos en las minas, se estableció para el indio un tipo de trabajo que no puede compararse con el requerido por la mita minera propiamente dicha. Simplemente se recomendaba que los indios de una región minera formaran compañías en los tiempos propicios, y sin perjuicio de la agricultura, para la explotación de los yacimientos, de cuyos beneficios podían gozar al igual que el resto de vasallos. Así, el trabajo en las minas tenía más un carácter de trabajo libre que de trabajo tributario. En efecto, sólo como castigo por el incumplimiento de las obligaciones tributarias podía un indio ser empleado en una mita minera o agraria: "...si alguno por efecto de su holgazanería o desidia no pagare el tributo, bien podrá ser concertado en mina o hacienda, ínterin devengue su importe a más de ser castigado...".

Se dispuso la exención del tributo para el indio que tomara iniciativas tales como las de introducir innovaciones técnicas, por ejemplo el arado, o innovaciones en los cultivos y en la cría de ganado; se esperaba así que los indios de resguardo emprendieran la cría de ganado caprino y ovejuno, de la cual resultaría la materia prima para la industria textil que tanto importaba desarrollar a nivel local.

Otra de las dificultades que encontró Mon y Velarde en los resguardos de Antioquia fue la inexistencia de las "cajas de comunidad" o depósitos de fondos comunes obtenidos a través de la venta de parte de los productos agrarios. Al recrear las cajas de comunidad para los resguardos de Antioquia, Mon y Velarde justificaba la medida como la forma más eficaz para procurar a las mismas comunidades indias fondos comunes para cubrir varias clases de necesidades. La existencia de la caja de comunidad "enteramente se halla desconocida de esta provincia -afirmaba Mon y Velarde- pues hasta el año anterior de ochenta y cinco /1785/, quedieron principio los-

indios de el Peñol haciendo una corta roza, no se encuentra tradición ni constancia en todos los libros y papeles de esta oficina de que se haya observado tan loable pensamiento, lo que no habrá contribuido poco para la decadencia y miserable estado en que se hallan los indios". Al establecer las cajas de comunidad para los indios de resguardo, Mon y Velarde se ocupó de hacer explicar a éstos que no se trataba de la creación de un nuevo impuesto sino de la creación de fondos que habrían de ser invertidos en su propio beneficio y dentro de sus respectivas comunidades. El visitador se quejaba de la falta de documentación que ilustrara la evolución de los resguardos en Antioquia. Decía, por ejemplo, que no se sabía a ciencia cierta quién había establecido la tributación india y en qué cantidad, lo mismo que no se sabía cómo habían perdido los indios sus tierras. "Asi mismo se observa la transgresión y quebrantamiento de la ley que previene paguen los indios en sus frutos y especies, observándose todo lo contrario, pues todos tributan en especie de dinero | oro| sin que se sepa tampoco el principio de esta conmutación...".

Finalmente, las ordenanzas de 1788 reconfirmaron el carácter real de la tributación india, condenando la práctica local de recaudación de tributos por parte de los curas doctrineros para su propio beneficio. Reiteraron también la prohibición de exigir a los indios cualquier clase de servicio personal: "extinguidas ya las encomiendas como al presente lo están todas en esta provincia, se declara que todos los tributos están incorporados en la real corona y toca su percepción y cobranza a su majestad o a quien su poder o causa hiciere".

La tributación planteaba, como hemos visto varias veces, la cuestión de la población mestiza residente en los resguardos. La solución adoptada por Mon y Velarde no fue la de expulsar a esta población de las tierras de comunidad, pues consideraba que hacerlo no habría sido otra cosa que causar a estas gentes una tragedia similar a la sufrida por los indios al ser despojados progresivamente de sus tierras. El pago de un arriendo por la ocupación de la tierra fue lo que se estableció. En el caso de los mestizos nacidos en los pueblos se determinó que deberían tributar aquellos nacidos de madre india y en el pueblo de origen de ésta; por tanto, se dispuso que debían figurar en el censo de tributarios. En el caso de uniones entre indias y Ubres, se determinó que las mujeres podían abandonar el pueblo, lo mismo que sus hijos, dejando atrás también la condición de tributarios. También se estableció claramente que las mujeres indias unidas a hombres libres podían abandonar el pueblo de resguardo, lo mismo que sus hijos, pues por la índole del vínculo la condición de libertad se hacía extensiva a todos los miembros del núcleo familiar.

En la síntesis que presentaba el Arzobispo Antonio Caballero y Góngora en su Relación de Mando (1789) sobre la gestión de Mon y Velarde en Antioquia, ponía de relieve el propósito de liberar la economía minera de occidente de las costosas introducciones de mercancías provenientes de fuera y "a peso de oro". De la dependencia de Antioquia con respecto a los suministros de abastecimientos afirmaba el Virrey que ella era la verdadera

causa de la pobreza de aquella región minera /49/. Así, la reorganización de los resguardos puede estimarse como uno de los pasos que se dieron para subsanar en parte las deficiencias de la producción agraria.

A partir de la década de 1780, la región de Antioquia comenzaría a beneficiarse en forma permanente y duradera de aquella invaluable herencia que habría de dejarle la colonización de tierras y, en general, la habilitación de nuevos y antiguos terrenos para la agricultura. En efecto, su posterior desarrollo se dirigió hacia la consecución de una producción económica cada vez más autónoma y autosuficiente.

/49/ Relaciones de Mando de los virreyes de la Nueva Granada. Relación del Arzobispo Caballero y Góngora 1789, Banco de la República, Bogotá 1954, pp. 113-114.